

Y en insultante refrán le lanzaban el nombre.

Nadie la defendía. Sus hermanos se avergonzaban de aquella muchacha ceñuda y seria. Y permitían que siguiesen lanzándole el nombre como un bofetón hasta que por cualquier motivo se pegaba con una de sus compañeras. Era fuerte y les podía siempre. Y el Rara despreciativa adquiría tono de temor:

—¡Tened cuidado con Rara!... ¡Es más bruta!...

O con tono de envidia:

—Rara, como no puede ser otra cosa, tiene que ser la primera de la clase. Y desde entonces ser la primera de la clase suponía un descrédito.

La muchacha, a pesar de ser la mejor alumna, no conseguía congraciarse la simpatía de los profesores. Les irritaba aquella falta de sonrisa, de lisinaja, de pequeño vasallaje que encontraban en el resto de las alumnas. Les indignaba aquella especie de tranquilidad que no preguntaba nunca.

Esa era precisamente la característica de Rara. Nunca inquiría. Como aquel atardecer en el jardín, continuaba ocupada en sus estudios y en sus cosas, como indiferente a cuanto se dijese, pero agudo el oído y la vista para percibir hasta el más nimio de los detalles.

En realidad, fué haciéndose a sí misma poco a poco. En su formación no entraron para nada las conversaciones envueltas de misterio que tienen las niñas cuando llegan a los doce años. Y no porque no quisieran complacerla en sus inquietudes. Simplemente porque la creían enterada de todo. Si casualmente se le acercaba había un coro de murmullos:

—¡Cambiad de conversación! No crea que fuera de clase también puede darnos lecciones.

Rara era la persona menos dispuesta a darlas. Pero lo ignoraban. Como también ignoraban que su sabiduría en los problemas que les preocupaban era aún más escasa que la de ellas. Eran unos conocimientos hechos de saltos tremendos que entrechocaban y contendían antes de coincidir. Retazos sorprendidos en una conversación, notas cogidas a hurtadillas entre los libros que, próximos al cielo de la librería, oían a humedad y le hacían gritas al encontrarse con algún insecto de cuerpo negro y aplastado. Cuando lademás chiquillas poseían una cultura de la vida con que pilotar su barco por entre las pequeñas aventuras, ella contaba con una sorprendente mezcla de ignorancia y candidez. Era como si el fruto hubiera madurado tan sólo de un lado. Del lado amargo.

El oleaje de la existencia llevó hasta las proximidades de su corazón muy variadas gentes. Ella continuaba silenciosa, escuchando, viendo. Un poco cansada de la vida, otro poco cansada de sí misma cuando hubiera querido ser como los demás. Rara, rara. Siempre rara.

Acaso su nombre. Posiblemente una luz de desamparo que percibió, sin que se diese cuenta, en los ojos color de uva madura. Lo cierto es que él, con su aureola de Don Juan, quedó prendido de su encanto. Porque súbitamente ellas y ellos notaron que tenía encanto. Un encanto indefinible de silencios, de miradas lejanas, de frases truncadas. Un encanto en el pelo color de miel y en el rostro añinado.

Y nuevamente, en torno de ella, fueron los coros que no perdaban detalle. Ella parecía insensible a las pullas, a la lucha difícil de las que discutían la conquista, de las que peleaban con todas las artes para arrancarle al hombre que, cada una, por turno, habían deseado. Aparentemente ella seguía igual Esperaba lo que había fatalmente de ocurrir. Aquello que sus enemigas intentaban precipitar. Lo que ellos promovían en una lucha mezquina, en una especie de nervosismo por no haberse dado cuenta de que, con poco esfuerzo, hubiera podido ser de cualquiera de ellos, con sorda irritación por quien se la llevaba.

Y por una vez, por lo menos al principio, acertaron. Rara, efectivamente, hubiera podido ser de cualquiera de ellos. Contrariamente a los sueños que tejían incansables sus compañeras, creía que el matrimonio es una continuación natural de la vida. Donde más que recibir, es preciso dar. Y para el caso de la abnegación y del sacrificio igual era Don Juan con la apostilla de su experiencia como garantía para las muchachas ingenuas: «Como ha corrido mucho, será más tranquilo en el matrimonio», o aquel otro, considerado como perfecto: «Es un muchacho de tan buenas costumbres, que la mujer que se case con él puede conceputarse feliz y segura...»

¿Hasta qué punto existe seguridad en la vida? Rara reía, espectadora de su propia existencia.

El, que creía haber visto estremecerse a todas las mujeres ante sus palabras, quedó defraudado. A su proposición de matrimonio ella contestaba sencillamente:

—Si ese es tu deseo, yo estoy conforme.

La lírica del Don Juan nunca creyó sufrir semejante derrota. Pero no se desanimó. Al contrario. Creyó amarla como nunca había querido a mujer alguna. Y se juró vencer aquella especie de frialdad indiferente. Como aquel día en que había sorprendido la mirada de desesperación, esperaba el momento de desfallecimiento de la muchacha. Era de los que valoran el triunfo en el sometimiento de la mujer cuanto más adusta es ésta. Y Rara, con su apariencia fría, continuaba equivocándole.

Celebróse el matrimonio. Viaje de novios. Instalación en el nuevo hogar. El Don Juan dejaba, en poder de los ojos color de uva, armas de sus continuos fracasos. Y en lugar de abandonar la partida, se ensañaba en ella con renovados bríos: «¡He de vencerla!»

En realidad, Rara se encontraba nuevamente sentada en el jardín de su casa jugueteando con pequeñas cosas cuyos nombres desconocía. Y su sorpresa volvió a repetirse cuando recobró su nombre. Su nombre verdadero. Primero, frente al sacerdote al hacerle las preguntas de ritual. Después, en la nota de los periódicos. Parecía como si se quebrase la cadena de los años. Como si nunca su madre hubiese dicho, señalándola:

—Es una niña rara.

Ella terminaba de jugar. Torpemente se levantaba sobre las manos gorduzuelas, besaba a mamá y marchaba hacia el lado del jardín, donde gritaban los demás niños, para que el ama le diese su parte de merienda. Y reñía con los

*Ella no estaba acostumbrada a contestar*

chicos. Y era la última de la clase. Y en las horas de recreo cuchicheaba con sus amigas noticias llenas de secreto. Sonreía a un muchacho guapo. Se ruborizaba ante una mirada insistente. Recibía la primera carta. El primer beso. Se peleaba con él. Tenía celos de sus amigas... Y el corazón palpitante le escuchaba, y la imaginación excitada construía castillos maravillosos. Sonrió a su marido.

El interpretó mal su sonrisa, red para cazar todas las palabras.

—¿Te ries de mí?

Ella no estaba acostumbrada a contestar. Cuando quiso hacerlo, él estaba ya lejos. Pero volvió. Volvía siempre y se enredaba, se enlizaba en el juego. Lo que había sido una caricatura del cariño resultaba ser un afecto verdadero. Y el escozor que le producían las preguntas afiladas de sus amigos se le hacía intolerable:

—¿Qué tal te va con Rara?... ¿La domaste ya?

No era preciso domar su comprensión. O precisamente era aquello lo que le irritaba. No poder vencer aquella especie de muro de hielo, que reflejaba con desamparamiento incluso el menor detalle. No se daba cuenta de que entre los dos el hielo ya se había fundido.

Por ello, cuando le trajeron envuelto en vendas a consecuencia de un accidente, tuvo que cerrar los párpados deslumbrado. Ella había corrido hacia él, ella había lanzado aquella especie de alarido, ella buscaba como loca los ojos, los labios y las manos. El hallazgo le pareció maravilloso.

Sólo pudo comprender, a través de qué caminos había peregrinado cuando un atardecer, paseando por un parque, él designó a una chiquilla que, la cabeza sobre el pecho, miraba indiferente a sus camaradas de juego:

—¡Qué niña más rara!—comentó.

Ella, impulsiva, abandonó su brazo, y arrodillada junto a la vena, que sin moverse le miraba intensamente:

—¡Qué va! No es una niña rara. Es una chiquilla preciosa. La más guapa y la más salada de todas.

Le fué difícil penetrar en aquel corazón cerrado. Sin saberlas encontró las palabras, aquellas que desde la tarde del jardín estuvo esperando inútilmente. Hallaba fórmulas de juegos a los que siempre había asistido de espectadora, como la niña.

Las otras chiquillas acudieron a las risas de su compañera. Y guiadas por la gracia exuberante de aquella mujer desconocida, pasaron un día inolvidable.

El no dijo nada. Pero supo lo que ella ignoraba... Y aquella noche, por primera vez, se encontraron plonamente.

El maleficio había quedado destruido.

